

Gélida soledad

Crítica de *Humanidad suspendida entre hielos*, por Flavia Vitale

Cuenta la leyenda, que hace millones de años existió la Atlántida. Considerada un continente en tiempos en que el mar no estaba donde hoy está y la tierra tenía una forma muy diversa a la actual. Nadie, hasta ahora, ha podido ubicar con certeza el lugar del mar o de la tierra en donde estuvo situada. Eso sí, todos aseguran que fue un lugar de gran cultura y adelantos científicos. Muchos son los investigadores y escritores que a lo largo de la historia (de todos los tiempos) intentaron descifrar este misterio.

En sus "Diálogos", Platón hace referencia a esta leyenda, situando a sus habitantes en el Mediterráneo, nueve mil años antes del *diálogo* en la que se la menciona. Describe su fundación y origen bajo la advocación del dios Neptuno, así como, su geografía y sus leyes. También describe algunos cultos de estos míticos pobladores, relacionados con el toro como animal, la confederación de pueblos gobernados por la asamblea de sus reyes, la organización del ejército y la abundancia de sus riquezas. En el mismo texto, el autor nos explica de qué manera, desafortunadamente, esta raza desapareció para siempre bajo las aguas en medio de un cataclismo espantoso, tremendo y destructor. Se dice que sus habitantes fueron acusados de soberbia y por ello, cruelmente castigados por sus dioses. Sin embargo, relatos y leyendas aventuradas, hacen suponer que algunos lograron sobrevivir. Podemos dar cuenta de muchísimos textos dedicados a la Atlántida que intentan aportar pruebas de su existencia. Pero, si bien el tema es fascinante, durante siglos se ha buscado sin éxito, a este continente idílico.

Quizás sea el intento de encontrar a estos sobrevivientes, lo que motivó al director Julio Molina llevar a escena su "Humanidad suspendida entre hielos". En el marco del proyecto de graduación de Artes Dramáticas, el grupo "La Academia", realiza en territorio Antártico, un experimento de contacto con la Atlántida y el mito vuelve a establecerse.

Al ingresar a la sala, el sonido del viento antártico nos ubica rápidamente en contexto. Los actores con vestimentas de campamento nos reciben en medio de un ambiente gélido. El viaje comienza, los protagonistas tienen como misión realizar contacto con los sobrevivientes de este perdido pueblo.

Molina propone introducirnos en este universo con códigos propios, ordenado por una jerarquía militar en su dinámica relacional. Con tintes de la poética del absurdo, los personajes intentarán en medio de su misión, relatarnos sus más profundos pensamientos. El elenco es numeroso, pero la composición de cada personaje está trabajada de manera minuciosa y personal. Cada uno de ellos, con rasgos bien definidos, viste y se diferencia de los otros; manteniendo siempre una identidad como grupo. Toman la palabra por medio de monólogos, de forma ordenada y alternando con escenas grupales breves. Algunos hablan al público, otros se relacionan con los demás personajes y sólo unos pocos parecen no tener conexión con ninguna clase de mundo. La articulación entre monólogos se realiza amablemente y de forma secuencial, a través de sonidos guturales que estarán presentes durante toda la obra. Cabe destacar el trabajo corporal y vocal de todos los actores que hacen parecer al escenario un verdadero asentamiento antártico.

Una tela semitransparente, colgada en el fondo de la escena, resguarda y deja traslucir movimientos que complementan visualmente aquello que ocurre en proscenio, dando una sensación de amplitud y continuidad al espacio propuesto.

Hay algo del orden de lo sexual presente y constante en lo discursivo y vincular, muchas veces usado como enlace entre las escenas, y otras veces como motor de la acción.

Se destaca el monólogo de una de las actrices por su creatividad. Su personaje es una mujer tímida, un poco temerosa del resto de los habitantes del asentamiento, que habla de la tragedia de sus medias. En su mano derecha, y a modo de títere, una media cobra vida y se expresa. A través de este relato, conocemos su dilema: la incertidumbre de no saber sobre su compañera del par. Su concentración atrae y dispara imágenes de manera inmediata, genera risas en el espectador por lo absurdo de la historia. Su interpretación es tan convincente, que por momentos llegamos a creer que lo desopilante podría convertirse en real.

Promediando el final de la pieza, suena una ópera como corolario. El volumen de la música va *in crescendo* y nos permite adivinar el inevitable desenlace. Los participantes del experimento no lograrán su cometido, todos dejarán la vida en el intento.

Esperemos que la *Atlántida* continúe siendo la musa de artistas, investigadores y escritores. En cualquier caso, podrá servir de excusa para suspender a los humanos entre hielos; aunque más no sea para continuar con la búsqueda incesante de atractivas historias que esperen ser descubiertas.